

FAULTO HOME RUN

IVONNE PAZ QUINTANA

—¿Por que no eres como tu mamá? —me cuestiona mi esposo cuando me rebelo a sus ideas.

—Y tú, ¿por qué no eres como tu papá? —le respondo.

Ambos nos referimos a los seres más apacibles y adorables que tenemos alrededor y que nunca entran en conflicto.

Me reconozco rebelde y enemiga de las injusticias contra las mujeres. Pero ¿de dónde surgió esta Juana de Arco que llevo dentro?

Me sumerjo en el mar de mis recuerdos y, poco a poco, el oleaje me lleva a los primeros años de la infancia.

Transcurrían los años setenta y soplaban vientos de cambio. Los *hippies* proclamaban amor y paz mientras fumaban marihuana y el movimiento feminista florecía. Yo era muy pequeña para entender su lucha; sin embargo, en casa libraba mi propia batalla.

Soy la sexta en una familia de siete hijos, protegida por mis hermanos mayores. Es aleccionador crecer en un ambiente así, pues aprendes a defenderte y a pelear por tu lugar.

Éramos muchas bocas que alimentar y se estiraba al máximo el ingreso familiar, mientras mis padres trabajaban de sol a sol. A pesar de eso, nunca nos faltó nada, fuimos muy felices, disfrutamos los domingos de día de campo y seguíamos al equipo de los Manzaneros en su gira estatal cuando el presupuesto lo

permitía. Crecí en los estadios de beisbol, entre porras, semillas de calabaza saladas y *extrainnings*.

Mi papá fue muy autoritario y guió a la familia con mano dura. Mi mamá solía decir: “Aquí nomás sus chicharrones true nan”. Era también un hombre trabajador y sin vicios, comprometido a sacar adelante a la familia. Yo era muy sentimental y lloraba al menor regaño, por lo que me gané, entre mis hermanos, el merecido apodo de *Lágrimas de cocodrilo*, igual al que mi padre le decía a mi mamá.

Mi papá se enorgullecía contándoles a sus amigos (cuando se refería a sus hijos) que tenía cuatro *home runs* y tres *faules*, lo cual me hacía sentir como a un bateador al que acaban de ponchar.

También me sentía fuera de base cuando trataba a mi mamá en forma déspota, haciéndola sentir menos o simplemente ignorando su opinión. A mis escasos años decidí que nunca permitiría que me trataran así, yo no iba a ser sumisa como mi madre.

Fue mucho el tiempo que me esforcé en la escuela para conseguir las más altas notas, esmerándome en hacer los mejores trabajos y manteniendo un comportamiento ejemplar para demostrarle a don Alfonso que yo no era ningún *faul* en su equipo.

No me quedé conforme hasta que un maestro, en la secundaria, le habló a mi papá maravillas de mí y tuvo la ocurrencia de decirle que tenía un “polvito de oro”, comentario con el que me gané ese otro apodo cuando me presumía ante los demás.

Creo que mi ego estaba restaurado, pero el precio había sido muy alto, pues me exigía siempre resultados de excelencia y gastaba hasta el último aliento para lograr el ansiado reconocimiento paterno.

Cuando fui consciente de ello, pude relajarme y abandoné esa carrera desenfundada. Por fin comprendí que no tenía que demostrarle mi valor a nadie, lo había encontrado dentro de mí.

Ciudad Cuauhtémoc, Chih.